



EL KARMA

DEL 

INSPECTOR
GONZÁLEZ

«La novela más delirante después de *Lo mejor que le puede pasar a un cruzado*, de Tuset». Diego Gándara, *La Razón*.

SEBASTIÁN VÁZQUEZ



SEBASTIÁN VÁZQUEZ

*El Karma del
inspector González*

© SEBASTIÁN VÁZQUEZ, 2016
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2016

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • TAPA NEGRA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Edición de ÁNGELES LÓPEZ
Diseño, maquetación: JOAQUÍN TREVIÑO
Conversión: ÓSCAR CÓRDOBA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Síguenos en redes sociales en @AlmuzaraLibros
Youtube · Facebook · Twitter · Instagram

ISBN: 978-84-16776-96-2

A quienes amo

Más libros en www.DESMIX.net

Joder, no sé dónde estoy ni qué hago aquí, ¿qué son estos tubos?, ¿qué me ha pasado? Recuerdo que todo iba bien, muy bien. Por una puta vez en la vida parecía que el destino se ponía de mi lado, que me repartía las mejores cartas. Coño, me acuerdo de que tenía un montón de pasta y la Vero estaba loca por mis huesos. ¡Cómo duele el estómago! La cabeza me da vueltas... creo que eso es sangre; ¡oh, no!, me está mirando el maldito perro negro...

Nota: Karma es un término sánscrito que significa literalmente *acción* o *hacer*. Dentro de las religiones hinduista, budista y jainista, se considera que una acción y los efectos inherentes al acto mismo producen unos resultados de los que nadie puede escapar, bien en una vida o en varias, pues estas doctrinas aceptan la idea de la reencarnación. Dicho más en cañí, «el que la hace la paga» o «Dios escribe derecho con renglones torcidos». Como gusten.

Día 19 de agosto

Llega de lejos un sonido extraño que va penetrando por el orificio de mis oídos hasta alcanzar el cerebro e inocularme sus crueles notas, sus compases torpes y repetitivos, su inarmónica cadencia, todo ello ejecutado con estridencia, sin esmero ni arte alguno. Odio a esos cretinos que se dejan la radio encendida horas y horas vertiendo eso que llaman música y que se expande como una plaga que lo contamina todo.

Un espanto. Y lo llaman música, como si se pudiera comparar esa memez con Bach o con Schubert; bueno, también le llaman vida a todo, como si mi vida, por ejemplo, pudiera asemejarse a la del idiota que se ha dejado puesta la radio para que me torture con sus cancioncillas malvadas como engendros infernales.

El sonido viene a través del patio, un patio feo y antiestético, con cuerdas que lo cruzan llenas de pinzas de colores que sujetan calzoncillos, sábanas, ropas de niños, de esos niños que lloran y cuyos alaridos también se expanden y expanden hasta llegar también a mis oídos y mi mente. Un patio sucio con el suelo salpicado de desperdicios que los vecinos tiran por las ventanas y que mordisquean los gatos de día y las ratas de noche, y cuyo hedor entra por la ventana que he abierto de par en par debido al horrible y pegajoso calor de este agosto aplastante.

Todavía tengo las manos manchadas de sangre, pero permanezco aquí, sentado en el borde la cama, con la camiseta pegada al cuerpo sucio y sudoroso. Estoy cansado. Mi víctima, en cambio, ya no lo está. Yace boca abajo forman-

do con su cuerpo una extraña postura blanda y abatida. Así, sin bragas y con el sujetador anudado al cuello, parece más ridícula aún, más fea y repulsiva si cabe, además poco le he podido robar: nada que merezca la pena. Tal vez las joyas tengan algún valor aunque no creo que sean buenas, parecen bisutería. Mala suerte: fea, flaca y pobre. Pero bueno, he de proceder a la rutina que he previsto para hoy: cerciorarme de que no he dejado huellas, simular que la agredí sexualmente, poner el pelo de Karim en la ducha y después desprenderme del cuchillo.

Maldito bochorno, si ya tengo la sesera blanda, este jodido calor me la va a reblandecer aún más.

Este horrible agosto lo llevo muy mal. No sé si irme a casa o a la iglesia, pero con este calor... bah, no sé ni dónde tengo la cabeza, debo ir a casa a esconder la bisutería... bueno, me tiro en el sofá y me pido una *pizza* y un refresco...total, hasta que empiecen los telediarios y digan algo del asesinato... qué tontería, no lo descubrirán hasta mañana o pasado, supongo...leeré la Biblia, eso haré, debo reunir fuerzas para continuar.

Día 21 de agosto

—González, González...

—Queeeeé...

—Ha llamado la unidad 260, que han encontrado otra tía muerta en su casa.

—Joder, si va a empezar el fútbol..., también es mala leche, ¿otra vez?

—Sí, jefe, parece que es el mismo, y ya van cinco...

—Me cago en la puta que parió... ¿seguro que es el mismo?

—Seguro no, jefe, pero puede que sí o puede que no, quién sabe.

—Anda, pásame.

—¿Sí?

—Soy González, de homicidios, cuénteme.

—Pues verá, nos avisó una amiga, la que la encontró muerta, ¿sabe? Tenía llave de la casa y hacía un par de días que ni la veía y ni contestaba al teléfono, así que se mosqueó y vino a ver...

—¿Qué edad tiene?

—Cuarentona, no sabría decirle con exactitud...

—¿Y el modo?

—La pobre está en cueros y tiene el sujetador alrededor del cuello y creo que la han apuñalado... está boca abajo.

—¿No habrán tocado nada?

—No, no.

—¿Y la amiga, la que encontró el cadáver?

—Está en el coche con mi compañero.

—¿Cómo está?

—Bueno... más mal que bien, pero aguantará.

—Bien, vamos para allá... otra cosa, ¿hay algún bar por ahí cerca?

—¿Un bar? sí, aquí en Canillejas hay muchos, queda uno justo al lado del portal y cerca hay otros más.

—Vale, usted allí quieto y que no se acerque nadie hasta que lleguemos, ¿estamos?, y dile a tu compañero que tranquilice a la testigo. Venga, hasta ahora.

—Matías, dame la dirección y avisa a todo el mundo, ¿a qué hora empieza el partido?

—A las nueve, jefe, y ya están todos avisados.

—Así me gusta. Oye, si llama el comisario le dices que parece que hay unas pistas cojonudas y que de ésta le pillamos ¿está claro?

—Pero, jefe...

—Ni jefe ni hostias, y te vuelves a sacar todos los expedientes. Todo, lo del psicólogo incluido, todo, ah, y me pones las fotos juntas por fechas, sólo las fotos, ah, y los planos.

—¿Las de las muertas?

—Joder, Matías, pues las de las muertas. Me voy, igual con un poco de suerte veo la segunda parte en un bar.

Media tarde en un día de agosto asfixiante y bajo ese sol bochornoso de verano que quema. Polvo, asfalto, hombres y mujeres en chanclas, pantalón corto y camisetas tipo churrero de colores que dejan a la vista el sujetador de ellas y los tatuajes de ellos; algunos ancianos, un portal de barrio, dos coches de policía y el pequeño tumulto de curiosos que sudan y murmuran. Otra mujer asesinada en Madrid.

Un inspector gordo y grande aparca el coche de cualquier manera, se abre paso entre el gentío que crece, y sube al primer piso.

—Soy González, de homicidios, ¿dónde está el fiambre?

—En el dormitorio, al fondo...

—¿Y los del laboratorio?

—Están ya dentro esperando al juez.

Un veterano policía de uniforme lo está esperando.

—González, me parece que tienes otra para la colección.

—No me jodas, ¿qué sabemos?

—Más o menos lo mismo: la puerta no está forzada, la apuñaló y la estranguló y parece que esta vez se la folló antes. Hemos encontrado una navaja ensangrentada y un pelo en la ducha. La muerta es castaña y el pelo es muy negro, así que no puede ser de ella. Debe llevar un par de días muerta. Parece que robó algo, la amiga dice que tenía unas joyas de poco valor que no hemos encontrado. Y ni una huella, como siempre.

—¿Pero este cabrón se piensa que somos gilipollas o qué?

—Lo que tú quieras, pero con todas estas pistas nos está haciendo la picha un lío. Igual algunas son buenas...

—Me cago en la madre que lo parió. Venga, todo al laboratorio, ¿la habéis mirado las uñas?

—No hay signos de lucha aparentes...

—¿Y el juez?

—Está en camino.

—Quiero fotos de todo, de todo, y ni un rincón sin husmear, ¿y la cocina?

—Ahí le has dado. El tío se ha puesto a merendar...o han merendado los dos juntos...o ella sola...

—Todo al laboratorio: platos, vasos, cubiertos... andando, ¡y a mirar hasta el último rincón!, ¿estamos?

—Estamos, inspector, por cierto, la cosa está jodida, ¿no?

—Ni te lo imaginas. No quiero ni ver el telediario de esta noche. Y los periódicos de mañana... me voy abajo a ver a la amiga.

El corrillo de curiosos ha crecido más. Ahora se han sumado niños que comen helados y jovencuelos con bicicletas y skates, también parece que ha llegado la alegre muchachada de la prensa. ¿Cómo cojones se han enterado tan pronto? Se diría que algunos parecen hasta contentos. Otra muerte más que llenará portadas y abrirá telediarios.

El grupo de adolescentes da saltos y hacen muecas soeces detrás de una vecina toda ufana que está siendo entrevistada para la tele.

—Oye, sácame a toda esta gente de aquí, ¿quién es la testigo?

—La que está ahí sentada.

—Hazme el favor de traerme un café y de paso me dices cómo va el partido, ¿vale?

—¿Solo?

—Sí, solo y sin azúcar. Gracias, eh.

El policía ve a una mujer de aspecto anodino que gimotea y sorbe mocos en el asiento trasero de un coche patrulla.

—Soy el inspector González, ¿cómo se encuentra?

—Mal, mal... ya le he dicho todo a ese policía. Vine a ver qué pasaba, llevábamos varios días sin vernos y no contestaba al teléfono...

—¿Cada cuánto tiempo se veían?

—Muy a menudo y hablábamos por teléfono prácticamente todos los días.

—¿Sabe si tenía alguna relación? ¿Si estaba saliendo con alguien?

—No, no... lo hubiese sabido...

—¿Algún antiguo novio?, ¿tenía enemigos?

—Hace muchos años tuvo un novio, pero la dejó y creo que luego se casó, y no tenía enemigos... era muy buena.

—¿Sabe si tenía problemas en el trabajo?

—En el hospital la quería todo el mundo... ahora estaba de vacaciones...

—¿Sabe si pensaba viajar?

—Iba a ir como siempre a su pueblo, a ver a la familia, pasaba las fiestas del verano allí.

—El café, jefe, y van a cero.

—Gracias. Acompaña a la señora a comisaría y tómalala declaración.

—Tiene que acompañar al policía, y recuerde que todo lo que diga nos puede ayudar.

—¿Ha sido el asesino ese del que hablan en la tele?

—No lo sabemos aún, pero pronto lo pillaremos. Por favor, acompañe al policía.

—Oye, llama a la comisaría, preguntas por Matías y le dices que mañana a las nueve todos como un clavo para una reunión y con todo el material encima de la mesa, ¿estamos?

—Lo que usted mande.

—Sí...

—Jefe, soy Matías, el comisario dice que se venga para acá como una bala.

—¿Le has dicho lo de las pistas cojonudas?

—Sí, pero no ha tragado.

—Me cago en... voy para allá.

El inspector jefe González es grande y se está quedando calvo, algo que le molesta pues apenas tiene cuarenta y cinco años y es de los que creen que a esa edad uno no debe quedarse calvo. Claro que también cree que a esa edad no debería de tener una buena barriga, pero su confesión a la cerveza y a los platos de cuchara, han conseguido dilatar su abdomen más allá de lo que desearía. González fuma mucho, bebe café a todas horas y cada día está más pasado con el alcohol; además, ha descuidado su

preparación física y, él no lo sabe, pero un infarto está muy, muy cerca, de tumbarlo tal vez para siempre.

González tiene un problema, un problema grave. Un hijo de puta ha asesinado en la ciudad a cinco mujeres en el plazo de diez días y va dejando pistas disparatadas por todas partes, pero que dan un enorme trabajo a la policía. Para colmo, la prensa le ha dado un bombo enorme al asunto y la opinión pública está de uñas y muerta de miedo. Cinco asesinadas en algo más de una semana de este final de tórrido verano madrileño. El comisario, el concejal y hasta la alcaldesa han dicho que hay que pillar al tipo ese ya, pero, ¿a quién? González no es partidario de endosarle el marrón a cualquier desgraciado para acallar a todo el mundo, pero...

Steiner pasa a Gallardo, se abre a la banda, continúa, centra; toca Luisinho, la pelota queda suelta para Lolo... gol, gol, gol del Madrid, gol de Lolo.

—¡Qué bueno es este tío y encima hay algunos que le discuten, hay que joderse!, chaval, ponme otro cubatita.

—¿Sí?

—Oye, soy González, no puedo ir a la partida...

—No jodas, tío, va a haber mal rollo.

—No puedo, de verdad, ya me gustaría...

—Pues a ver cómo te lo haces, ya sabes que debes una pasta y el Rolex no está para bromas.

—Vale, vale... no me des la brasa, otras veces he pagado, ¿o no?

—Tú verás.

—Venga, te llamo mañana. Chao.

—Chao.

González se ha parado en un bar a ver cómo va el Madrid en el Trofeo Santiago Bernabéu, y de paso llamar al Pintor, un colega de partida. El inspector González está engancha-

do al juego desde hace mucho y cada vez se asoma más profundamente a un abismo que puede terminar absorbiéndolo. Él se cree que lo controla pero no es así: se engaña igual que hace con el alcohol. Por eso lo dejó su mujer y se llevó a su hija de su lado; por eso está solo y apenas le quedan amigos y tiene que hacérselo con putas que le deben favores o le tienen miedo; por eso, cada vez desatiende más su trabajo, y sobre todo, por eso está sin blanca y con una deuda enorme que debe a un tipo peligroso llamado el Rolex.

Ahora mismo, mientras las arterias coronarias de González se obstruyen un poco más, su jefe, el comisario Cuadrado, está cabreado como una mona y acaba de decidir retirar a González del caso.

—¿Sí?

—¿Dónde está, jefe?

—Ya mismo estoy allí...

—No, si ya no hace falta...

—¿Cómo que no hace falta?

—El comisario me ha dicho que está hasta los huevos de esperarlo y...

—Mejor, así no me da la paliza. Mañana en la reunión seguro que sacamos algo para que se calme, y confiemos en que el laboratorio nos proporcione cosas interesantes, así que hasta mañana.

—Bueno, verá... es que hay algo más...

—Desembucha, Matías.

—El comisario ha suspendido la reunión y me parece que quiere apartarlo del caso.

—¿Cómo dices?

—Lo que ha oído, jefe, está bien cabreado. No debió haberlo esperar.

—Me cago en todos sus muertos. Voy para allá.

—Pero...